

caballete, y si no veo mal, es la cabeza de un hombre.

Pero en la posición en que se encontraba no podía verlo bien, porque el caballete no estaba de frente á la ventana á que se había subido y donde permanecía de rodillas.

De un salto ágil y silencioso se colocó en medio de la estancia, miró á su alrededor y se acercó al retrato..... mas apenas fijó en él los ojos, dió un paso atrás, se llevó las manos á la cabeza y estuvo á punto de caer de espaldas.

Estaba delante de su propio retrato..... era su misma cabeza saliendo de aquella corbata descolorida y de aquel gaban raído con que lo vimos la primera vez..... En él había estampado el beso aquella mujer encantadora..... aquella mujer desconocida..... aquella mujer misteriosa.

Pálido..... trémulo..... sin saber qué pensar, sin saber qué decir, sin saber qué hacer, sintió que las piernas se negaban á sostenerle, y se dejó caer sobre una butaca, exclamando:

—¡Ah!..... esto es un sueño ó yo me he vuelto loco.

CAPÍTULO VIII.

El Duque averigua que vale mucho más la maña que la fuerza.

En efecto, Javier tenía prisa, y mientras pronunciaba las últimas palabras que le hemos oído, oprimía la mano de Matusalem en señal de cariñosa é impaciente despedida. Éste continuó subiendo lentamente y pensando que el hermano de la Marquesa no era tan tonto como parecía, pues si fué preciso darle la idea con pelos y señales, puntos y comas, la idea no había caído en saco roto, correspondiendo á la agudeza del plan el éxito de la ejecución, y exclamaba para sus adentros: «Hé aquí un duque, del que, si yo fuera ministro, llegaría á hacer un buen agente de policía; no le sobra talento, pero no le falta mundo.»

El rival hasta entónces triunfante, se fué pensando en lo mismo, solamente que pensaba todo lo contrario. Él decía: «Matusalem es un hombre de talento sumamente listo; talento fino, capaz de meterse por el ojo de una aguja. Su idea es lo que se llama una idea feliz, que ha caído en buenas manos y no sé cómo á mí no me ocurrió ántes. Vaya, si alguna vez me decido á ser embajador, Matusalem será mi primer secretario.....»

Distraído con estos ó semejantes pensamientos, y lleno de satisfaccion y de alegría por el rápido éxito de su empresa, y recelo al mismo tiempo de que su rival pudiera de algun modo llegar á entenderse con Magdalena, lo cual sería una triste gracia, corria como sus arrogantes yeguas, devorando las calles una á una..... una á una por la absoluta imposibilidad de devorarlas todas juntas.

¿Dónde iba?..... No es difícil adivinarlo.

Iba á la casa de Magdalena.

¿A qué?.....

A tres cosas, fáciles tambien de adivinar.

Iba á verla..... á seducirla y á expiarla.

Iba á verla, porque se habia acostumbra-

do de tal modo al placer de contemplar su honesta hermosura, que por nada en el mundo hubiera renunciado á semejante dicha, pues la codicia de su pasion, mejor diré el fuego de su apetito, se aumentaba con el incentivo de la resistencia, y contemplarla venía á ser para su deseo como empezar á poseerla.

Iba á seducirla, porque para su modo de ver y su modo de sentir, seducirla equivalia á enamorarla..... y valiéndome de un terrible juego de palabras, añadiré que para encontrarla necesitaba perderla. Su vanidad de conquistador estaba interesada en ello, y sus sentidos, deslumbrados por la singular belleza de la hermosa huérfana, encendian en su alma, no el afan de la pasion, sino la impaciencia del vicio.

Iba á espirla, porque no ignoraba que aquélla era poco más ó ménos la hora en que todos los dias Miguel y Magdalena, como si concurrieran á una cita convenida, aparecian en los nichos de sus respectivas ventanas como dos santos de retablo.

Corria, pues, impulsado por el triple re-

sorte de la impaciencia, de la esperanza y de los celos.

Impaciencia de verla.

Esperanza de seducirla.

Celos..... es decir, necesidad de espiarla.

Dentro de la casa contaba con dos espías hábiles y seguros: la madre y el hermano; mejor dicho, Juana y el hijo del ciego; ó más bien, la codicia y la envidia; pero el ilustre Duque no apelaba al espionaje por mera curiosidad..... queria saber lo que ocurriera, no por saberlo, sino por impedirlo.

A pesar de la rapidez de su carrera, habria llegado tarde, si como todos los dias á aquella hora el *corrector de pruebas* hubiera estado en su cuarto; pero circunstancias, que Magdalena no podia adivinar por más que se devanaba los sesos, tenian á Miguel muy léjos de allí; tan léjos como suele estar de la mujer adorada el hombre que se halla en presencia de otra mujer adorable.

Nada hay más distante de una mujer que otra mujer, y por eso, para alejarse de una, el camino más breve y más seguro es pensar en otra.

¿Por dónde habia de imaginarse la inocente hija del maestro de obras, que su gallardo vecino, por un capricho inesperado de la fortuna, se habia convertido en cinco minutos de simple corrector de pruebas de un periódico en secretario de un duque?..... ¿Cómo habia de sospechar que era la fortuna la que se lo robaba aquella tarde, cuando su ausencia era para ella una desgracia?.....

Lo habia visto salir por la mañana como todos los dias. Desde el portal, como siempre, habia levantado los ojos hasta ella, y ella desde la altura de su ventana habia bajado los ojos hasta él..... Lo habia seguido con su mirada, con su corazon y con su pensamiento por todo el curso de la acera, y lo habia visto llegar á la esquina y volver la cabeza..... Todo el resto del dia lo pasó esperándolo..... ya era la hora y no llegaba..... Aún no es muy tarde, le decia su esperanza..... ¡Qué tarde es ya! le hacia decir su impaciencia.

Estaba segura de que no habia vuelto, porque conocia sus pasos, que resonaban más en su corazon que en sus oidos..... y

muchas veces cosiendo al pié de la ventana con los cristales entreabiertos á pesar del frio, habia adivinado sus pisadas entre el rumor de la calle, y habia dicho: «Es él.....» y él era.

No obstante la seguridad que le daba esta experiencia, no podia contenerse y se asomaba..... y ¡pobre criatura! tosia..... y hablaba fuerte, y se reia á carcajadas cadenciosas como los trinos del ruiseñor, y queriendo ahogar su inquietud, cantaba con la voz más dulce y más tierna que puede llegar á los oidos humanos..... Pero él no podia oir ni sus tos, ni sus palabras, ni sus risas, ni sus cantos..... porque..... estaba muy léjos de allí..... muy léjos.

«¿Por qué no viene?.....», se preguntaba.

Pueden ocurrirle á un hombre mil cosas que contra su voluntad lo detengan media hora, una hora, dos horas..... en cualquier parte que no sea aquella en que quiere ó debe estar. Semejante verdad, por todos experimentada y reconocida, la niega rotundamente el amor que espera..... porque para el amor no hay más mundo que el amor.

¿Por qué no viene?

Desde el fatal encuentro de un amigo impertinente — conozco alguno — que al volver de una esquina nos enreda en el lío de una conversacion interminable; hasta morirse de repente al salir de una casa ó al entrar en otra, porque nadie lleva la vida en el bolsillo; vean ustedes si hay circunstancias y contratiempos que nos hagan faltar á una cita, á una comida, á un negocio..... á una obligacion..... que nos hagan llegar tarde adonde queremos ir, y lo que es peor, que no nos dejen llegar nunca. Pues bien, á pesar de esto, para Magdalena era incomprendible que Miguel no estuviera ya en su casa; y sabia positivamente que no estaba en su casa, por la razon para ella incontestable de que no lo veia en la ventana.

¡Pobre criatura!..... no se explicaba aquella ausencia, porque su inocente deseo cerraba su corazon á todas las razones. No estaba..... bien..... pero debia estar..... y eso á lo ménos era un consuelo.

La ventana del cuarto de Miguel, medio cerrada, le producía una impresion muy des-

agradable, muy triste..... aquella soledad..... le causaba mucha pena..... y conforme iba pasando el tiempo le iba pareciendo más oscura, más solitaria y más triste.

Por una circunstancia en que ántes no hemos reparado y que ahora es preciso advertir, el cuadro solitario de la ventana abandonada ofrecia á sus ojos cierto aspecto fúnebre.

Es el caso que en aquella ventana habia una cortina, casi siempre recogida detras de una de las dos hojas de madera con que la ventana se cerraba.

Esta cortina, que no tenía más objeto que impedir de noche que el frio penetrara al traves de las juntas de las maderas, se hallaba en el momento en que nos encontramos, corrida sobre el marco interior de la ventana, sujeta sin duda por las hojas que detras de ella, segun podia distinguirse, estaban entornadas.

No habia en ello nada de particular; una cortina en una ventana es la cosa más natural del mundo, pero Magdalena no recordaba haber visto nunca semejante cortina, lo

cual tampoco era raro, porque allí Miguel lo llenaba todo y no le dejaba ver nada. Mas la cortina era negra con rayas blancas, en razon á que la señora Gertrúdis no habia tenido á la mano más tela que la falda de un vestido que hacia cuatro años usó despues de la muerte de su madre, y á Magdalena le parecia que la ventana estaba de luto, y se aumentaba la tristeza de su corazon, y exclamaba: «Sí; la ausencia se parece á la muerte.»

Tal era el estado de su ánimo cuando el hermano de la Marquesa apareció ante sus ojos.

— Señorita..... le dijo, sentiria interrumpir el curso de sus meditaciones.

— Caballero, contestó ella, estaba distraida.

— Muy distraida, replicó él..... Casualmente al entrar yo salia Juana, he podido llegar hasta aquí sin que me sientas, y hace cinco minutos que te estoy viendo abismada no sé en qué profundos pensamientos.

La respuesta de Magdalena fué un suspiro que obligó á Javier á morderse los labios.

—Se conoce, añadió, que ese corazón está oprimido.

—¿Por qué?

—Como suspiras.....

—Sí..... es verdad.

—¿Qué deseas?

—¿Yo.....

—Habla.

Magdalena tendió sobre sus rodillas la falda azul del vestido que cosía, y colocó sobre ella el encaje blanco con que había de adornarla, y echando atrás la cabeza para calcular el efecto del adorno, dijo:

—Yo no deseo nada.

—Imposible.

—Es lo mismo, porque lo que yo deseo no tiene nombre.

—Eso quiere decir..... que tú misma no sabes lo que deseas.

—Puede ser.

—Pero..... yo sí lo sé.

—¿Usted lo sabe! exclamó Magdalena.

—Sí..... yo lo sé todo.

—¿Todo!.....

—No se adora á una mujer como yo te

adoro á tí, sin que el alma adivine hasta sus más ocultos pensamientos..... Alza los ojos, mírame y verás cómo yo leo en ellos lo que piensas en este instante.

Magdalena levantó candorosamente sus ojos fijándolos en Javier con atenta curiosidad, y le preguntó:

—Vamos, ¿en qué pienso?

El hermano de la Marquesa recogió el resplandor de aquella mirada con verdadera avidez, como recogen el aire escaso que llega hasta ellos los pulmones de un hombre que se ahoga.

—Piensas, contestó, en que no te merece.

—¿Quién!..... exclamó ella, cayéndosele la aguja de las manos.

—Lo ignoro..... Además, no quiero saberlo..... pero sea quien quiera, infeliz de tí si te hace pasar por las amarguras con que tu ingratitud llena mi alma.....

Magdalena se irguió, preguntando:

—¿Por qué razón?.....

Aquí el Duque dió un paso hácia la costurera, y con el aire más trágico que pudo

encontrar en el repertorio de sus seducciones, contestó :

— Por una razon de terrible justicia..... porque siempre se paga la crueldad de una ingratitud con el dolor de otra ingratitud..... porque el que á hierro mata á hierro muere.

La altiva huérfana inclinó la frente bajo el estallido de aquel rayo de elocuencia melodramática, diciendo :

— Pero, en fin..... ¿qué quiere V. de mí?

— ¡De tí!..... exclamó Javier con ademán trágico..... Quiero de tí tu amor..... las miradas de tus ojos..... las sonrisas de tus labios..... los suspiros de tu corazon..... quiero que sean míos tus deseos, tus esperanzas, tus pensamientos..... quiero abrasarte en el fuego en que yo me abraso.....

Y recordando con horrible memoria las palabras de su secretario, añadió :

— Hay un sueño que puede realizarse, una vision encantadora que suele aparecerse nos en los primeros dias de la juventud, que suele disiparse, que generalmente se disipa, pero que alguna vez adquiere las formas de la realidad, y con una mirada casta y dulce,

y con una sonrisa apacible y tierna, nos dice: «Aquélla soy yo.» Aquélla, esto es, la mujer soñada, la sombra misteriosa que nos ha visitado durante el sueño..... durante el sueño, que es donde se ve todo lo que se desea, todo lo que se teme, todo lo que se espera y todo lo que se ama..... Ésa es la mujer que habíamos visto ántes de verla, que conocíamos ya ántes de haberla conocido..... que llena nuestros pensamientos de extráñas melodías, que fecunda en nuestra alma el gérmen de las nobles acciones, que..... que nos inspira; que nos alienta, que nos consuela, que nos adivina, que nos completa, uniéndose á nosotros, porque es la mitad de nosotros mismos.

Debemos admitir como presuncion probable, y áun dar por cosa segura, que si Magdalena hubiera oído esas palabras en boca de Miguel habria experimentado una suprema felicidad, la felicidad suprema de ser amada de aquel modo..... amada ántes de ser conocida, con un amor que no debia tener fin, puesto que no tenía principio..... amor eterno, que habia nacido con el alma,

si es posible decirlo así, como una parte de ella misma.

Y calcúlese la dicha de que hubieran llenado su corazón, teniendo presente que la hermosa huérfana tenía también sus sueños misteriosos, sus visiones encantadoras, y que todo eso lo había soñado..... de la misma manera que lo oía, como si la voz que de tal modo le hablaba fuera el eco de sus íntimos deseos y de sus más secretas esperanzas.

Pero esas palabras en boca de Javier le infundían un terror indecible y una penosa angustia..... Semejante amor en semejante hombre le causaba miedo.....

— No puede ser, dijo con voz trémula..... Los sueños no se realizan nunca y se disipan pronto.....

— Esa mujer, prosiguió el hermano de la Marquesa, la encontramos, como la vida, sin buscarla, como nos encontramos con nuestros padres, con nuestros hermanos, como nos encontramos con nosotros mismos. No siempre que la encontramos la vemos; pero si llegamos á verla, si llegamos á dis-

tinguirla entre el torbellino de mujeres que nos rodea..... entonces..... no es posible olvidarla.

En medio de su inquietud y de su terror Magdalena cerraba los ojos para pensar, para creer que era á Miguel á quien oía, y se desesperaba interiormente de que hubiera en el mundo otro hombre que supiera decir aquellas cosas, que *él* solo debía decirle.

Tal vez porque le agradaba oirlas aunque no era *él* quien las decía, quiso echar un jarro de agua fría en el naciente fuego de la conversacion, y dijo:

—Vamos..... V. está soñando.

Era poca agua para tanto fuego.

Javier replicó:

— Si estoy soñando, ¿por qué quieres despertarme?..... Déjame soñar, añadió acercándose á Magdalena; inúndame con la luz de tus ojos, embriágame con el dulce encanto de tu sonrisa. ¿Qué deseas? yo lo sé..... Deseas un amor inmenso..... que llene tu alma; el amor que tú has soñado, amor resplandeciente que embalsamará el aire que tú respiras..... que sembrará de flores la tierra

para que tú pases..... que rodeará de perlas tu garganta..... que cubrirá de diamantes tu cabeza..... Ése es mi amor..... Deja la oscuridad de tu triste vida, donde tu corazón se consume y tu hermosura se acaba..... Óyeme..... Estás sola en el mundo..... Tu madre no es tu madre, tu hermano no es tu hermano..... solo yo te admiro, te comprendo y te adoro..... huye de aquí, donde nadie te comprende y donde nadie te ama..... y adonde ningún vínculo te sujeta..... Italia nos ofrece un jardín perpétuo, Suiza dulces retiros..... Londres todas las grandezas del mundo..... París todos los placeres de la tierra.

Escuchaba Magdalena con la cabeza inclinada sobre su costurero y los ojos bajos, la mano temblorosa no acertaba á clavar la aguja y el movimiento de su pecho anunciaba las agitaciones de su corazón.....

Cuando Javier dijo: «Estás sola en el mundo.....», una lágrima silenciosa brilló en sus pestañas; y cuando añadió: «Nadie te comprende, nadie te ama», alzó la cabeza y miró con ánsia al través de los cristales,

buscando un amparo..... pero ¡ah!..... la ventana permanecía solitaria y muda, y la cortina, oscura é inmóvil como un paño fúnebre, parecía decirle: «Aquí todo ha muerto.»

Entonces inclinó de nuevo su graciosa frente y pronunció estas palabras:

— Quisiera morirme.

— ¡Morir! exclamó Javier..... ¡Ah! mis palabras te han entristecido..... ¡Qué cruel es mi suerte!.....

— No; no es eso..... replicó ella.

— ¿Por qué deseas morir?.....

— ¡Por qué! Porque es muy triste mi vida.

Javier se acercó más á Magdalena, dió á su voz una dulzura penetrante, y casi á su oído dijo:

— Yo la llenaré de todas las alegrías..... Magdalena, sean los latidos de mi corazón testigos de mis palabras..... ellos solos pueden decirte todo el amor que se encierra en mi alma..... es imposible que no lo comprendas..... que no lo sientas como yo lo siento.

Magdalena no replicó nada; parecia que

deseaba ocultar el rostro de las miradas de Javier..... Estaba pálida y trémula, el movimiento de sus párpados indicaba que quería contener alguna lágrima pronta á escaparse..... Solo Dios sabe qué nube de tristes pensamientos pasaría por su alma; el caso es que se hinchó su pecho, un sollozo hirvió en su garganta y el llanto corrió por sus mejillas: el llanto está siempre detras de los ojos de las mujeres y de los niños.

—Lloras..... lloras..... exclamó Javier..... Esas lágrimas caen sobre mi corazon y lo destrozan..... daría la mitad de mi vida por enjugarlas.

Y diciendo esto con acento apasionado, dobló una rodilla, acercó más su rostro al rostro de Magdalena y cogió suavemente una de sus manos.

Ella la retiró rápidamente, como si hubiera sentido la mordedura de una víbora, apartó de sí con violencia el costurero que tenía delante, y poniéndose en pié, retrocedió con la frente erguida, más dispuesta á defenderse que á huir, y con voz conmovida é indignada exclamó:

— ¡Caballero!.....

No esperaba el seductor semejante salida; conoció al instante que toda violencia sería inútil, porque sabía que es invencible la mujer resuelta á defenderse..... Nadie podía acudir en auxilio de la pobre huérfana, ella sabía que estaba sola, él lo sabía también, porque así lo había dispuesto él mismo..... pero es preciso ser muy brutal para lanzarse á la ignominia de semejante lucha, y Javier no era bruto de esa especie..... Además, hubiera sido inútil y aún peligroso, porque Magdalena mostraba en su actitud y en su semblante la más soberana indignación sin sombra de miedo.

¿Qué hubiera conseguido?..... nada..... digo mal..... hubiera conseguido su ódio..... más aún, su desprecio.

Comprendió fácilmente lo crítico de su situación; comprendió que era un mal paso, en el cual iba á perderlo todo, y emprendió la retirada.

Su primer movimiento fué retroceder como asustado, diciendo:

— Magdalena, sería el más despreciable